Acuchilló catorce veces a su mujer antes de quitarse la vida cortándose la yugular

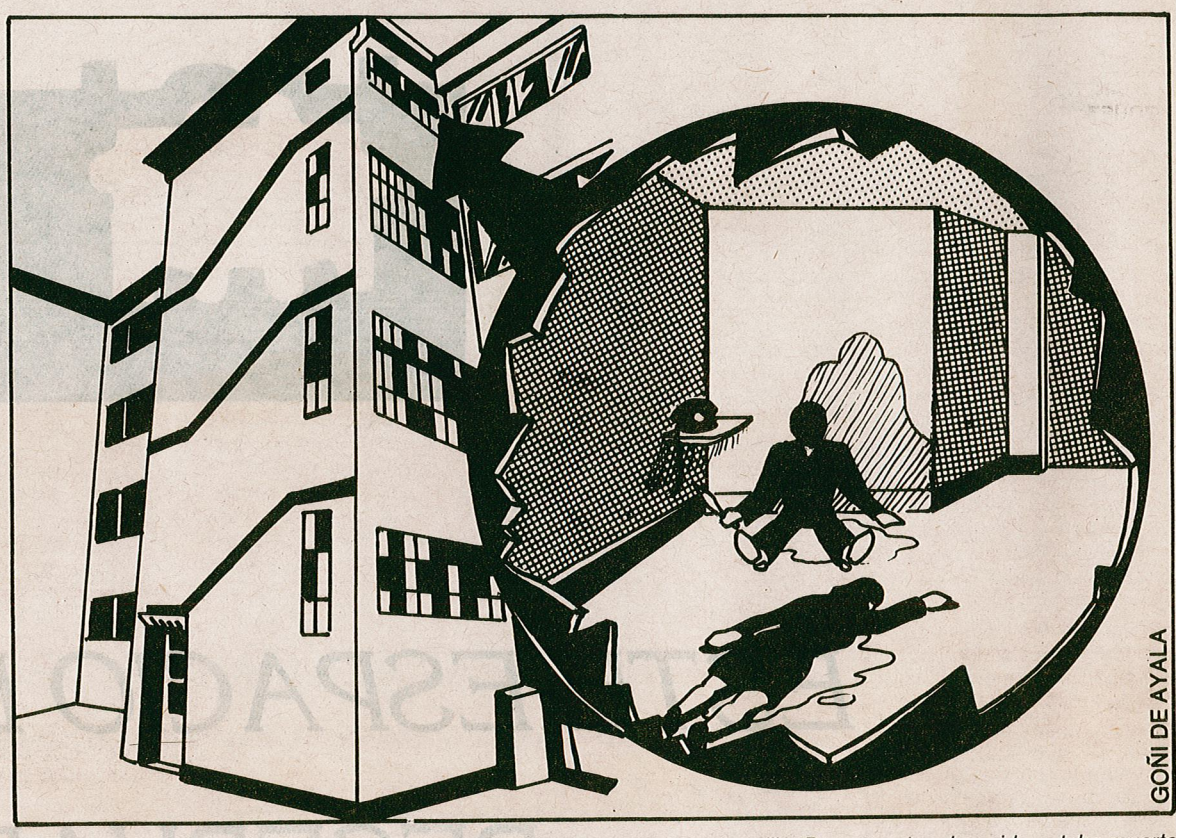
Se desconoce el móvil que llevó al marido a apuñalar de forma tan brutal a su esposa, en el domicilio conyugal del barrio de Alza

SAN SEBASTIAN. DV
JAVIER PEÑALBA

En la calle Santa Bárbara, en el barrio donostiarra de Alza, el silencio de la mañana sólo se veía roto por unos leves susurros. «Fue tremendo, un matrimonio tan joven, tan majo y que se llevaba tan bien», se decían los vecinos. Algunos, desde las ventanas de sus casas dirigían las miradas a la vivienda en la que tuvieron lugar los trágicos sucesos. En la calle, la gente formaba pequeños grupos. Se hablaba únicamente de las muertes de Víctor Fernández de Retana Juncal, de 31 años, y de María Dolores Amaya Usain Martínez, de 29, ocurridas sólo doce horas antes. Nadie se explica lo sucedió puertas adentro del cuarto piso, letra C, del número 21.

Víctor Fernández de Retana había llegado al barrio sobre las ocho menos cuarto de la tarde. Ante el portal de su casa conversó con varios vecinos antes de reunirse con su suegra que había decidido ir a Alza a pasar la tarde. Más tarde, Víctor subiría a su domicilio. Poco después lo haría su esposa. A partir de este momento, nadie sabe lo que sucedió.

Mientras tanto, Javier, de cuatro años, el hijo pequeño del matrimonio, jugaba en la zona ajardinada existente alrededor de la casa. Se-



En el interior de la vivienda, la mujer fue hallada con vida tumbada en el pasillo. Por su parte, el marido estaba muerto y permanecía sentado y con el cuchillo en la mano.

gún comentaron los vecinos, el pequeño estuvo durante un buen tiempo llamando a su padre. «Quería subir a casa, sin embargo, el padre le dijo que siguiera en la calle y desde la ventana le echó el balón para que se entretuviera». Las horas pasaban y el niño continuaba en la calle. «Este hecho nos llamó poderosamente la atención. No era normal que el chavalín estuviera hasta tan tarde en la calle, más aún cuando había estado llamando a casa con insistencia y nadie le respondía. Decía que quería ir con su padre». Finalmente, un vecino recogió en su casa a Javier. Allí jugaría con otro chico de edad parecida e, incluso, se quedaría a dormir.

La hija, Larraitz, de siete años, permanecía en casa de una mujer que cuida a la pequeña y todos los días la iba a buscar a la puerta de las escuelas donde estudia. Larraitz esperaba a que sus padres fueran a recogerla.

«Víctor, con eso no»

La aparente tranquilidad que se respiraba en el domicilio de los Fernández de Retana se vio rota durante unos minutos. Sobre las ocho y media de la tarde, una vecina escuchó ruidos extraños, «como si se estuvieran cayendo todos los cacharros de cocina». Casi de inmediato oyó decir a Dolores Amaya: «No, Víctor, con eso no que me vas a matar. Por los niños». Ya no se supo nada más de ellos hasta que, sobre las diez de la noche, la madre de Dolores Amaya entró en la casa. «La mujer que cuidaba a la niña –según dijo un vecino– había telefoneado a la madre de la fallecida. Le pareció muy extraño que nadie acudiera en busca de la hija». Así, la suegra llegó al piso y nada más abrir la puerta se encontró con los dos cuerpos bañados en sangre. «Comenzó a gritar, dijo que los dos se encontraba muertos, fue terrible», aseguró el vecino.

El hecho fue comunicado inmediatamente a la DYA. Miembros de esta asociación se personaron en el lugar y hallaron aún con vida a Dolores. La joven madre fue llevada a una ambulancia, pero todos los esfuerzos por reanimarla fueron inútiles. Personado el juez del Juzgado de Instrucción número 2 de San Sebastián, en funciones de guardia, ordenó que los cadáveres fueran trasladados a Polloe.

Hipótesis

Aunque se desconocía con precisión el desarrollo de los hechos que sucedieron en la vivienda, todo apunta a que el marido hirió primero a su esposa antes de quitarse la vida. El hecho de que en la casa sólo se encontrara un arma ensangrentada y ésta estuviera en manos del marido, apoya esta hipótesis.

Las primeras investigaciones revelan que el enfrentamiento se inició en la cocina, donde se cree que Víctor Fernández y su mujer se agredieron mutuamente. En un momento determinado, el esposo se hizo con el cuchillo y los clavó a su mujer quien intentó huir de la casa, dirigiéndose al pasillo. Sin embargo, no llegó a alcanzar la puerta y recibió hasta catorce cuchilladas. Dolores Amaya, tendida en el suelo del pasillo, se desangraba. A continuación, según esta misma hipótesis, Víctor se autolesionó clavándose varias veces el cuchillo en el abdomen. Estas lesiones no le causaron la muerte y se hirió en el cuello. Antes, había cortado el cable del teléfono.

La autopsia que se le practicó ayer por la mañana reveló que su cuerpo presentaba cerca ocho heridas. Una de ellas le seccionaba la yugular. Víctor fue encontrado muerto sentado en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared. En una de sus manos sujetaba el cuchillo. Prácticamente a sus pies estaba su esposa.

Vecinos: «Un matrimonio modelo»

Varios vecinos coincidieron en señalar que los cónyuges hacían una vida totalmente normal. «Era un matrimonio modelo, se llevaban de maravilla y parecían muy felices. Los fines de semana solían ir a un pueblo de Navarra y había que verlos cuando llegaban las vacaciones de verano, lo ilusionados que iban al sur. Todos nos quedamos asombrados de lo que había sucedido. La única explicación que podemos dar es que a Víctor la hubiera dado un ataque de locura, no hay otra». Otras fuentes señalaron que las relaciones entre la pareja no eran tan cordiales. Todos estos extremos están siendo ayer investigados por la Policía.

Víctor Fernández de Retana trabajaba en un establecimiento dedicado a la venta de efectos navales, sita en Pasajes de San Juan, de la que era socio. Dolores Usain trabajaba en la oficina de «Mayor Hermanos», empresa dedicada a la compraventa de máquina-herramienta. Compañeros de trabajo de la víctima estaban consternados por lo ocurrido. Apenas querían hablar del tema. «Era una persona totalmente normal y sus relaciones eran también normales».

Alza, un barrio castigado

SAN SEBASTIAN. DV

En Alza, un barrio castigado con demasiada frecuencia por acciones violentas, sus habitantes jamás podrán acostumbrarse a los destellos que lanzan ambulancias y coches de policía.

Hasta primeras horas de la madrugada de ayer nadie durmió en la calle Santa Bárbara. Muchos de ellos no pudieron evitar recordar la no menos trágica noche del catorce de enero. Entonces la niña Sandra Calvo, de dos años, falleció después de haber sido violada y arrojada a la calle desde una ventana a la calle. Este hecho se producía en el número 2 de la misma calle en donde residía el matrimonio fallecido. Menos de cincuenta metros separan ambas viviendas. «La verdad es que en este barrio y más concretamente en esta calle, no salimos de una y entramos en otra. Además de las muertes de la niña y este matrimonio, otra persona se quitó la vida no hace mucho de un disparo de escopeta en la boca», comentó una vecina.